

**NUESTRA AGITADA ÉPOCA**

Vivimos una época de gran agitación e inquietud. El hombre de hoy no conoce la paz del corazón porque ha perdido la brújula y vive confundido y desorientado ante los grandes interrogantes de la existencia. El temor le atenaza y con demasiada frecuencia no es capaz de llevar una vida (familiar, conyugal, laboral...) estable, asumiendo con dignidad cualquier compromiso serio. En vez de tener serenidad, cada vez se vive con más estrés, en actitud de dispersión, fuga y evasión... Lo mismo pasa a nivel espiritual: **nuestra misma búsqueda de Dios es con frecuencia agitada y angustiada en lugar de confiada y serena, como lo sería si tuviéramos la actitud de los niños que nos pide el Evangelio.**

LA PAZ INTERIOR, CAMINO DE SANTIDAD

"No es voluntad de Dios que el alma se turbe de nada, ni padezca trabajos. Si los padece en los adversos casos del mundo, es por flaqueza de su virtud, porque *el alma del perfecto se goza en lo que se pena la imperfecta*" (San Juan de la Cruz. Cautelas)

Dice el P. Pío: *"La paz es la sencillez del espíritu, la serenidad de la conciencia, la tranquilidad del alma y el lazo del amor. La paz es el orden, la armonía en cada uno de nosotros, una alegría constante que nace del testimonio de una buena conciencia, la santa alegría de un corazón en el que reina Dios. La paz es el camino de la perfección, o mejor, la perfección se encuentra en la paz. Y el demonio, que sabe muy bien todo esto, pone todo su esfuerzo en hacernos perder la paz. El alma no debe entristecerse más que por un motivo: la ofensa a Dios. Pero, incluso en este punto, hemos de ser prudentes: debemos lamentar, sí, nuestros fallos, pero con un dolor paciente, confiando siempre en la misericordia divina"*.

Por eso el alma tiene que trabajar siempre por mantenerla. Cuando el alma está en paz, es como un lago de alta montaña **que refleja como un espejo la belleza de Dios,** como el lago refleja las cumbres:

"Cuidad de no dejar que vuestro corazón se turbe, se entristezca, se conmueva o se mezcle con lo que podría causarle inquietud. Trabajad siempre por mantenerlo tranquilo, pues el Señor dice: «Bienaventurados los pacíficos». Hacedlo y el Señor edificará en vuestra alma la ciudad de la paz y hará de vosotros la Mansión de delicias" (Juan Bonilla).

Porque **lo que nos turba NUNCA es de Dios:** *"Como el amor sólo mora en la paz, cuidad de conservar la santa tranquilidad de corazón... Todos los pensamientos que nos causan inquietud y agitación del alma no son en absoluto de Dios, que es el Príncipe de la Paz. Son tentaciones del enemigo y, por consiguiente, hay que rechazarlas y no tomarlas en cuenta"* (San Francisco de Sales).

LA VIDA (CRISTIANA) ES UN COMBATE

Nuestras inquietudes proceden siempre de no estar conformes con lo que tenemos (salud, cualidades, estados de ánimo, fracasos, éxitos), o de tener miedo a perderlo. Y esta falta de indiferencia y estos temores (muchas veces inconscientes), tienen su origen en nuestra indigencia, y nuestra inclinación al mal. Además, no debemos olvidar que **la vida cristiana es un combate contra las fuerzas del mal.** Tenemos enemigos, los enemigos del alma, que nos impulsan a una lucha sin cuartel: Este combate es inevitable, pero hay que considerarlo como una realidad extraordinariamente positiva. Porque *«sin guerra no hay paz»* (Santa Catalina de Siena), **sin combate no hay victoria.** Y ese combate es realmente **el terreno de nuestra purificación, de nuestro crecimiento espiritual;** en definitiva, ese combate es el ámbito de nuestra transfiguración y de nuestra glorificación.

La lucha muchas veces consiste en oponer unos pensamientos que pueden reconfortarnos y devolvernos la paz, a los que provienen de esos mismos enemigos (nuestro propio espíritu, de la mentalidad que nos rodea, o del mismo Enemigo), que nos llevan a la confusión, al temor, o al desaliento. **El demonio procura de todas maneras sembrar la inquietud y la división en las almas.** Porque **un alma intranquila es un alma dispuesta a dejarse ganar por la tristeza y a replegarse sobre sí misma.** Él sabe bien que la armonía natural es la condición básica de la santidad.

Tenemos que llenar nuestra alma de buenos pensamientos. Dice el salmo 127: *"Dichoso el hombre que ha llenado su aljaba con flechas"*. Esas flechas son las **convicciones sólidas basadas en la fe** que nutren la inteligencia y fortalecen el corazón en el momento de la prueba. Las razones que nos quitan la paz son "malas razones".

En este combate tenemos la certeza de la victoria. No es un combate desesperado, aunque a veces sea duro. **Combatimos con la fuerza del Señor** que nos dice: *«Te basta mi gracia, pues mi fuerza se hace perfecta en la flaqueza»* (2 Co 12, 9). El cristiano, llamado como está a *«resistir hasta la sangre luchando contra el pecado»* (Heb 12, 4), combate a veces con violencia, pero **combate con un corazón sereno, y ese combate es tanto más eficaz cuanto más sereno está su corazón.**

LA PAZ SE CONSIGUE CON UN TOTAL ABANDONO EN LA PROVIDENCIA DIVINA, HASTA EL ABANDONO EN ÉL

Es lo que nos dice el Señor en el Evangelio: *«No os preocupéis acerca de qué comeréis, ni acerca de qué os vestiréis. Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?... Contemplad cómo crecen los lirios del campo: no se fatigan ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe? No andéis, pues, inquietos diciendo: ¿qué comeremos?, o ¿qué beberemos?, o ¿con qué nos vestiremos? Por todas esas cosas se afanan los gentiles. Bien sabe vuestro Padre celestial que necesitáis de todas ellas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura»* (Mt 6, 25-34).

"Sin Mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5). Es clave esta certeza: **todo el bien que podamos hacer viene de Dios y sólo de Él.** Y debe pasar de nuestra cabeza a la vida. Por eso **el Señor permite fracasos, pruebas y humillaciones.** Santa Teresa de Lisieux llega a decir que la gracia más grande que el Señor había hecho en su alma era **«haberle mostrado su pequeñez y su ineptitud».**

«El bien que Dios hace lo hace por Él mismo, casi sin que nos demos cuenta. Hemos de ser más pasivos que activos» (San Vicente de Paul). **"Lo propio de Dios es hacer, y del hombre, dejarse hacer"** (San Ireneo)

Con frecuencia nos inquietamos y nos alteramos pretendiendo resolver todas las cosas por nosotros mismos, mientras que **sería mucho más eficaz permanecer tranquilos bajo la mirada de Dios y dejar que Él actué en nosotros** con su sabiduría y su poder infinitamente superiores.

"Al que ama a Dios todo le sirve para su bien" (Rm 8). Por eso San Francisco de Sales dice: **"Incluso los pecados, de los que Dios en su bondad nos defiende, contribuyen al bien de los suyos.** David no hubiera estado nunca tan lleno de humildad si no hubiera pecado, ni Magdalena tan amante de su Salvador, si Él no la hubiera perdonado tantos pecados, y nunca se los hubiera perdonado si ella no los hubiera cometido. ... **(el Señor) convierte nuestras miserias en gracia y fabrica la medicina que cura nuestra alma de la víbora de nuestras iniquidades"**.

"Si echando una mirada a nuestro interior pudiéramos ver lo que hay de bondad y de misericordia en los planes de Dios para cada uno de nosotros, incluso en lo que llamamos desgracias, disgustos o penas, nuestra felicidad consistiría en arrojarnos a los brazos de la Voluntad divina, con el abandono de un niño que se echa en los brazos de su madre. Actuaríamos en todas las cosas con intención de agradar a Dios, y luego nos quedaríamos en un santo reposo, convencidos de que Dios es nuestro Padre, y que desea nuestra salvación, más que la deseamos nosotros" (María de la Encarnación).

ALGUNOS CONSEJOS PARA MANTENER LA CONFIANZA**1º. Poner sólo en Dios el corazón**

Solamente a Dios hay que amar de un modo pleno, invariable, inviolable; pero hay que desear serenamente y débilmente los medios de servirle, a fin de que, si nos impide emplearlos, no nos sintamos gravemente afectados.

Y todo lo demás, tanto en cuanto. **Mantener el corazón desprendido de todo lo que no es Dios, libre.** "Y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para el que es criado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de ellas cuanto para ello le impiden. Por lo cual **es menester hacernos indiferentes a todas las cosas**". [23]

2º. No dejar que nos agobien ni las miserias, ni las pruebas, ni nuestras caídas y pecados.

- **Las miserias.** "No dejéis que os agobien vuestras miserias; a la vista de éstas, manteneos humillado delante de Dios —en el caso de que os sea concedido de lo alto— y conservad una gran paz. **Enfrentaos a vuestras miserias, cualesquiera quesean, con la dulzura, la paz, la suavidad y la moderación interior delante de Dios,** abandonándoos sencillamente en sus brazos para que haga de vos y en vos todo lo que le parezca bueno, deseando dulce y sosegadamente no vivir más que para Él, con Él y en Él" (Libermann).

San Francisco de Sales: "Es preciso aborrecer nuestros defectos, pero **con un aborrecimiento tranquilo y pacífico, no con un odio despechado e inquieto;** hay que tener paciencia al descubrirlos y sacar el provecho de un **santo desprecio de nosotros mismos.** Sino es así vuestras imperfecciones, que veis sutilmente, os inquietarán aún más sutilmente, y a causa de esto se mantienen, pues no hay nada que conserve más nuestras taras que la inquietud y la prisa por arrancarlas".

- **Las pruebas.** "Muchas son las olas que nos ponen en peligro, y una gran tempestad nos amenaza: sin embargo, no tememos ser sumergidos porque permanecemos de pie sobre la roca. Aun cuando el mar se desate, no romperá esta roca; **aunque se levanten las olas, nada podrán contra la barca de Jesús.** Decídmelo, ¿qué podemos temer? ¿La muerte? Para mí la vida es Cristo, y la muerte una ganancia. ¿El destierro? Del Señor es la tierra y cuanto la llena. ¿La confiscación de los bienes? Nada trajimos al mundo; de modo que nada podemos llevarnos de él. Yo me río de todo lo que es temible en este mundo y de sus bienes. No temo la muerte ni envidio las riquezas. No tengo deseos de vivir, si no es para vuestro bien espiritual. Por eso, os hablo de lo que sucede ahora **exhortando vuestra caridad a la confianza**" (San Juan Crisóstomo).

Tampoco Santa Teresa pierde la paz a pesar de las persecuciones que sufre, porque **estaba indiferente.** Obligada a recluírse en un convento, elige Toledo. Allí, en cinco meses, mientras el Padre Tostado recorría sus fundaciones para deshacerlas, y los calzados empiezan a dirigir memoriales al Rey con calumnias contra la virginidad de la Madre, ella redacta las Moradas: «**Mi ánima en un castillo, como en su señorío, y ansí no pierde la paz**».

Lo mismo San Juan de la Cruz: cuando, en 1591, meses antes de su muerte, sus hermanos en religión le privan de todos sus cargos, y tratan de expulsarlo de la Orden y enviarlo a América, el santo escribe: «**De lo que a mí toca, no le dé pena, que ninguna a mí me da, porque estas cosas no las hacen los hombres, sino Dios, que sabe lo que nos conviene, y las ordena para nuestro bien. Y adonde no hay amor, ponga amor y sacará amor**»

- **Las caídas y pecados.** "Olvidad siempre el pasado, y no os preocupéis por vuestras caídas, por numerosas que sean; siempre que os levantéis no ocurrirá nada, mientras que **ocurriría mucho si os entristecierais o desanimarais demasiado por ellas.** Haced las cosas con toda la calma y tranquilidad posible y por el grandísimo, purísimo y santísimo amor de Jesús y de María" (Libermann).

Padre Pío: "**El alma no debe entristecerse más que por un motivo: la ofensa a Dios.** Pero, incluso en este punto, hemos de ser prudentes: debemos lamentar, sí, nuestros fallos, pero con un dolor paciente, confiando siempre en la misericordia divina. Pongámonos en guardia frente a ciertos reproches y remordimientos que, probablemente, proceden del enemigo con el propósito de alterar nuestra paz en Dios. **Si tales reproches y remordimientos nos humillan y nos hacen diligentes en el bien obrar, sin retirarnos la confianza en Dios, tengamos por seguro que vienen de Dios,** pero si nos confunden y nos vuelven temerosos, desconfiados, perezosos y lentos en hacer el bien, tengamos por seguro que vienen del demonio y apartémoslos, buscando nuestro refugio en la confianza en Dios".

El pecado reconocido humildemente no ofende a Dios. Lo que le ofende es la desconfianza. El Santo no es el que no cae nunca, sino el que se levanta siempre.

3º. El cimienta es la verdadera humildad

"La mayor ocupación de vuestra alma ha de ser la de moderar sus impulsos y adquirir una humilde sumisión y abandono en las manos de Dios. Os está permitido, y además es bueno, tener deseos de avanzar espiritualmente, pero **esos deseos deben ser sosegados, humildes y sometidos a la voluntad de Dios.** Un pobre que pide limosna impacientemente y con violencia, no obtiene nada. Si la pide con humildad, dulzura y afecto, conmueve a las personas a quienes la pide. Los deseos demasiado intensos proceden de la naturaleza; todo lo que procede de la gracia es dulce, humilde, sereno, llena el alma y la hace buena y obediente a Dios. Vuestro principal empeño consistirá, pues, en **moderar los movimientos de vuestra alma y mantenerla sosegada delante de Dios, sumisa y humilde en su presencia**" (Libermann).

"**La paz se cimienta en humildad.** Por eso, el recurso continuo a la Reina de la humildad es el mejor medio para conquistar la paz permanente. El humilde permanece siempre en equilibrio. En los éxitos, todo lo refiere a Dios. En los aparentes fracasos, profundiza en el propio conocimiento, despreciándose a sí mismo. Así, en los triunfos no se envanece. En las derrotas no se deprime. Mantiene tensa la recta de su vida. Éxitos o fracasos le dejan imperturbable. Los picachos de las montañas, bañados en sol o envueltos en niebla, permanecen impasibles. **Todo le sirve al humilde para buscar y encontrar a Dios.** Le busca para encontrarlo más dulcemente. Le encuentra para buscarlo con más avidez (San Agustín)" (P. Morales).

4º. Dejad actuar al Espíritu Santo

Tomemos muy en serio la presencia del Espíritu Santo en nuestra alma y pidámosle que realice la obra de nuestra sanación y purificación natural.

"Cuando Dios se complació en crear el universo, trabajó desde la nada, y ¡mirad las cosas hermosas que hizo! De igual modo, si quiere trabajar en nosotros para realizar cosas infinitamente superiores a todas las bellezas salidas de sus manos, no es necesario que nos pongamos en movimiento para ayudarle... **dejémosle hacer; le agrada trabajar desde la nada.** Mantengámonos serenos y tranquilos en su presencia y sigamos sencillamente las indicaciones que nos hace... Conservemos, pues, nuestra alma en paz y vuestras potencias espirituales en reposo, esperando sólo de Él la vida y el movimiento. **Y tratemos de no tener otro movimiento, otra voluntad u otra vida que no sea en Dios y por el Espíritu de Dios... Olvidaos de vos mismo para volver continuamente el alma hacia Dios y dejarla dulce y sosegadamente en su presencia**" (Libermann)

5º. Vivir la paz serena del momento presente

"¿Quieres amar a Dios cada segundo? ¿Quieres mantener la paz en el alma? **Vive el momento presente.** Vigila al iniciar, realizar y acabar cada ocupación del día. Emprende «el trabajo sin vehemencia ni prisa; continuálo con indiferencia. Es el juguete que Jesús te da para entretenerte hasta que venga. Acábalo sin precipitación, pues sabes que después de él vendrá otro. Para calmar la impaciente actividad, repite a menudo: «**Mientras esté aquí por voluntad de Dios, no estoy obligado a hallarme en otro sitio**» (Schrijvers). Así, en plena posesión de ti mismo, te dedicarás a las sucesivas ocupaciones del día con corazón desprendido. Esta libertad interior te permite emprenderlo todo con generosidad y atención, multiplica tu eficacia, no te fatigas. Santa Teresita quiere combatir en Genoveva el deseo de hacer demasiado bien las cosas: «No has venido aquí para trabajar a destajo, ni para lograr éxitos. Los israelitas levantaron los muros de Jerusalén trabajando con una mano y defendiéndose con la otra. Así debemos hacer: trabajar con una mano y defendernos con la otra de la disipación, que impide unirse a Dios».

Hay que guardar un punto difícil de equilibrio inestable entre dos extremos: ni demasiado entusiasmo que impide presencia de Dios, ni demasiada apatía que también la oculta. Hay que imitar al buen ladrón. Va a morir. **A su vida pasada, no mira más que para apartar con dolor sus ojos de ella. Tampoco mira al futuro. Ya no lo tenía. Se abraza con su doloroso momento presente.** Lo ofrece en satisfacción de sus pecados. Responde a la gracia actual. Pide a Jesús se acuerde de Él cuando esté en su Reino. Consecuencia: justificación inmediata y puertas del cielo que se abren" (P. Morales).



28. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA: El misterio de la Trinidad

Seguimos metidos en el cenáculo, para que saboreemos las palabras del Resucitado. Sigamos con la misma composición de lugar: **reclinados en el pecho del Señor, como San Juan.**

Pidamos luz al Espíritu Santo y ayuda a la Santísima Virgen.

Y abramos el corazón a la gracia



Evangelio según san Juan 14,23-29:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama no guardará mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió.

Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, pero el Defensor, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde.

Me habéis oído decir: "Me voy y vuelvo a vuestro lado." Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, sigáis creyendo.»

MEDITACIÓN DE SAN GREGORIO MAGNO

«Jesús le respondió: «*Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él.*» La prueba del amor está en las obras: el amor de Dios nunca es ocioso, porque si es muy intenso obra grandes cosas, y cuando rehúye obrar ya no es amor.

Viene en verdad al corazón de algunos, y no hace morada en ellos, porque si bien se vuelven a Dios por la contrición, después, cuando están en la tentación, se olvidan del arrepentimiento y vuelven a sus pecados, como si no los hubieran deplorado. Pero **en el corazón del que ama a Dios verdaderamente, Dios desciende y mora:** porque de tal manera está penetrado del amor divino, que ni aun en el tiempo de la tentación lo echa en olvido. Verdaderamente **ama a Dios aquel que no se deja dominar un momento en su alma por los malos deleites.**

Tanto más se aleja uno del amor supremo cuanto más se acerca a las cosas inferiores. Por esta razón dice: «*El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado.*». En el amor del Creador deben buscarse, pues, la lengua, el entendimiento y la vida.

«*Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre...*» La palabra griega παρακλητο quiere decir abogado y consolador. Y se llama abogado, porque se interpone entre nuestras culpas y la justicia del Padre, haciendo que aquellos que de su inspiración se llenan, se conviertan en penitentes. Y se llama consolador el mismo Espíritu, porque libra de la aflicción el alma de aquellos que, habiendo merecido el perdón de sus pecados, los prepara con esa esperanza.

«*... os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho.*» Ociosa será la enseñanza del doctor si el Espíritu Santo no asiste al corazón del que oye, y así nadie adjudique al maestro lo que oye de sus labios. Porque si en su interior no está el que enseña, la lengua del doctor trabaja en vano para expresarse. Ni aun el mismo Creador habla al hombre para su enseñanza, si no hace preceder al Espíritu Santo por la unción. ¿Acaso es que el Hijo habla y el Espíritu Santo enseña, de tal suerte, que al hablar el Hijo sigamos la doctrina y la entendamos por el auxilio del Espíritu Santo?

Luego toda la Trinidad dice y enseña; pero la débil inteligencia humana no puede comprender sus operaciones, sino atribuyéndolas separadamente a las personas.

Debemos inquirir por qué se dice del mismo Espíritu Santo: «Os sugerirá todas las cosas», siendo oficio de inferior el sugerir. Pero como también por sugerir entendemos algunas veces el hecho de suministrar, decimos que el Espíritu invisible sugiere, no porque inspire en nosotros la ciencia de lo profundo, sino la de lo oculto.

➤ Sublime misterio de la Trinidad (San Juan Pablo II)

La fe cristiana comprende la igualdad de las tres personas divinas: el Hijo y el Espíritu son iguales al Padre, no como principios autónomos, como si fueran tres dioses, sino en cuanto reciben del Padre toda la vida divina, distinguiéndose de él y recíprocamente sólo en la diversidad de las relaciones (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 254).

Misterio sublime, misterio de amor, misterio inefable, frente al cual la palabra debe ceder su lugar al silencio de la admiración y de la adoración. Misterio divino que nos interpela y conmueve, porque **por gracia se nos ha ofrecido la participación en la vida trinitaria**, a través de la encarnación redentora del Verbo y el don del Espíritu Santo: «*Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él*» (Jn 14, 23).

➤ Una relación especial con Dios

El cristiano, mediante la inhabitación del Espíritu Santo, llega a encontrarse en una **relación particular con Dios, que se extiende también a todas las relaciones interpersonales, tanto en el ámbito familiar como en el social.**



Quando el Apóstol recomienda «*No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios*» (Ef 4, 30), se basa en esta verdad revelada: la presencia personal de un **Huésped interior, que puede ser «entristecido» a causa del pecado**—mediante todo pecado—, ya que éste es siempre contrario al amor.

Él mismo, como Persona-Amor, morando en el hombre, crea en el alma una especie de exigencia interior de **vivir en el amor**. Lo sugiere san Pablo cuando escribe a los Romanos que el amor de Dios (es decir, la poderosa corriente de

amor que viene de Dios) «*ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*» (Rm 5, 5).

➤ La inhabitación de Dios en el alma

San Juan de la Cruz y santa Teresa hablan de la gran riqueza y belleza que debe tener el alma para poder ser palacio para Dios: «*Oh, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado, para buscarte y unírte con él! Ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora y el escondrijo donde está escondido; que es cosa de grande contentamiento y alegría para ti, ver que todo tu bien y esperanza está tan cerca de ti, que esté en ti, o, por mejor decir, tú no puedes estar sin él.*» «*Catá—dice el Esposo— que el reino de Dios está dentro de vosotros*» (Lc 17,21). Y su siervo el Apóstol San Pablo: «*Vosotros—dice— sois templos de Dios*» (2 Cor 6,16).

¿**Qué más quieres, ¡oh, alma!**, y qué más buscas fuera de ti, pues **dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, a quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca. Ahí le desea, ahí le adora y no le vayas a buscar fuera de ti, porque te distraerás y cansarás y no le hallarás ni gozarás más cierto, ni más presto, ni más cerca que dentro de ti.**»

➤ **El misterio de la inhabitación acrecienta en el cristiano la intimidad divina y la interioridad personal.**

“Esta presencia nos abre a una intimidad inefable que, si permanezco fiel, va produciendo en mí una progresiva transformación en Jesucristo. La razón es **porque el amor une**, tiende a la identificación, a hacerte igual a la persona querida.

El mundo necesita mucho esta vida de intimidad amorosa con Cristo Jesús. Cada vez son más las personas sedientas de Dios, ávidas de felicidad, ávidas de unión con Dios. Con frecuencia no lo saben ni ellas mismas. Esto se debe a que como el mundo está mucho más hundido en la materia, **el Espíritu Santo hace florecer con mayor abundancia multitud de esas almas sedientas, que quieren vivir amorosamente la vida de Jesús, que quieren hacer cielo de la tierra**, transformándose en Él hasta llegar a la identificación.

Son almas que están dulcemente atormentadas por la necesidad de amar, por una parte, y por otra, **por la dolorosa conciencia que tienen de que jamás aman a Dios todo lo que ellas querrían, y como Dios se merece...** Estas almas son las que están esperando una ayuda, un impulso, una gracia que les facilite lo que en realidad desean” (P. Morales).

La inhabitación nos libra de un exteriorismo consumista, trivial y alienante. Nos hace experimentar la verdad de aquella palabra de Cristo: *«el reino de Dios está dentro de vosotros»* (Lc 17,21). Nos hace obedientes a la exhortación de San Juan de la Cruz: *«Atención a lo interior»* (Letrilla 2). No quiere este santo que el hombre se vacíe de sí mismo, proyectándose siempre hacia fuera. Eso es justamente lo que nos aliena de Dios.

«Está, pues, Dios en el alma escondido, y allí le ha de buscar con amor el buen contemplativo, diciendo: "¿Adónde te escondiste?"

Todavía dices: *"Y si está en mí el que ama mi alma ¿cómo no le hallo ni le siento?"* **La causa es porque está escondido y tú no te escondes también para hallarle y sentirle; porque el que ha de hallar una cosa escondida, ha de entrar tan a lo escondido y hasta lo escondido donde ella está, y cuando la halla, él también está escondido como ella.** Tu Esposo amado es *"el tesoro escondido en el campo"* de tu alma

¡Ea, pues, alma hermosa!, pues ya sabes que en tu seno tu deseado Amado mora escondido, procura estar con él bien escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afección de amor» (San Juan de la Cruz. Cántico Espiritual, I, 6-10).

Para el místico Doctor la «disipación» crónica de los cristianos es algo muy lamentable: *«Oh, almas creadas para estas grandezas y para ellas llamadas ¿qué hacéis, en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y glorias, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!»* (C 39,7).

ORACIÓN DE SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD

¡Oh Dios mío, trinidad adorable, ayúdame a olvidarme por entero para establecerme en ti!

¡Oh mi Cristo amado, crucificado por amor! Siento mi impotencia y te pido que me revistas de ti mismo, que identifiques mi alma con todos los movimientos de tu alma; que me sustituyas, para que mi vida no sea más que una irradiación de tu propia vida. Ven a mí como adorador, como reparador y como salvador...

¡Oh fuego consumidor, Espíritu de amor! Ven a mí, para que se haga en mi alma una como encarnación del Verbo; que yo sea para él una humanidad sobreañadida en la que él renueve todo su misterio.

Y tú, ¡oh Padre!, inclínate sobre tu criatura; no veas en ella más que a tu amado en el que has puesto todas tus complacencias.

¡Oh mis tres, mi todo, mi dicha, soledad infinita, inmensidad en que me pierdo! Me entrego a vos como una presa; sepultaos en mí para que yo me sepulte en vos, en espera de ir a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas.

ORACIÓN DE SANTA CATALINA DE SIENA

¡Oh Trinidad eterna! Tú eres un mar sin fondo en el que, cuanto más me hundo, más te encuentro; y cuanto más te encuentro, más te busco todavía. De ti jamás se puede decir: ¡basta! El alma que se sacia en tus profundidades te desea sin cesar, porque siempre está hambrienta de ti, Trinidad eterna; siempre está deseosa de ver tu luz en tu luz. Como el ciervo suspira por el agua viva de las fuentes, así mi alma ansía salir de la prisión tenebrosa del cuerpo, para verte de verdad...

¿Podrás darme algo más que darte a ti mismo? Tú eres el fuego que siempre arde, sin consumirse jamás. Tú eres el fuego que consume en sí todo amor propio del alma; tú eres la luz por encima de toda luz...

Tú eres el vestido que cubre toda desnudez, el alimento que alegra con su dulzura a todos los que tienen hambre. ¡Pues tú eres dulce, sin nada de amargor!

¡Revístemme, Trinidad eterna, revístemme de ti misma para que pase esta vida mortal en la verdadera obediencia y en la luz de la fe santísima, con la que tú has embriagado a mi alma!

ORACIÓN DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Tú eres santo, Señor Dios único, que haces maravillas.

Tú eres fuerte, tú eres grande, tú eres altísimo.

Tú eres rey omnipotente, tú eres Padre santo, Rey del cielo y de la tierra.

Tú eres trino y uno, Señor Dios, todo bien.

Tú eres el bien, todo bien, sumo bien, Señor Dios, vivo y verdadero.

Tú eres caridad y amor, tú eres sabiduría.

Tú eres humildad, tú eres paciencia, tú eres seguridad.

Tú eres quietud, tú eres gozo y alegría.

Tú eres justicia y templanza.

Tú eres todas nuestras riquezas a satisfacción.

Tú eres hermosura, tú eres mansedumbre.

Tú eres protector, tú eres custodio y defensor.

Tú eres fortaleza, tú eres refrigerio.

Tú eres esperanza nuestra, tú eres fe nuestra.

Tú eres la gran dulzura nuestra.

Tú eres la vida eterna nuestra, grande y admirable Señor, Dios omnipotente, misericordioso salvador.

ORACIÓN DE ROMANO GUARDINI

En Cristo se nos ha abierto la hondura de la vida escondida de Dios. Su naturaleza, palabra y obra tan llenas de la realidad de lo sagrado. Pero de ella brotan figuras vivas: el Padre, en su omnipotencia y bondad; el Hijo, en su verdad y amor redentor, y entre ellos, el desprendido, el creador, el Espíritu.

Es un misterio que supera todo sentido; y hay gran peligro de escandalizarse de él. Pero yo no quiero un Dios que se ajuste a las medidas de mi pensamiento y esté formado a mi imagen. Quiero el auténtico, aunque sé que desborda mi intelectual capacidad. Por eso, ¡oh Dios vivo!, creo en tu misterio, y Cristo, que no puede mentir, es su fiador.

Cuando anhelo la intimidad de la compañía, tengo que ir a los demás hombres; y por más honda que sea la ligazón y más hondo que sea el amor, seguimos, sin embargo, separados. Pero tú encuentras tu propio «tú» en ti mismo. En tu misma hondura desarrollas el diálogo eterno. En tu misma riqueza tiene lugar el perpetuo regalo y recepción del amor.

Creo, ¡oh Dios!, en tu vida una y trina. Por ti creo en ella, pues ese misterio cobija tu verdad. En cuanto se abandona, tu imagen se desvanece en el mundo. Pero también, ¡oh Dios!, creo en ella por nosotros, porque la paz de tu eterna vida tiene que llegar a ser nuestra patria. Nosotros somos tus hijos, ¡oh Padre!; tus hermanos y hermanas, Hijo de Dios, Jesucristo, y tú, Espíritu Santo, eres nuestro amigo y maestro.